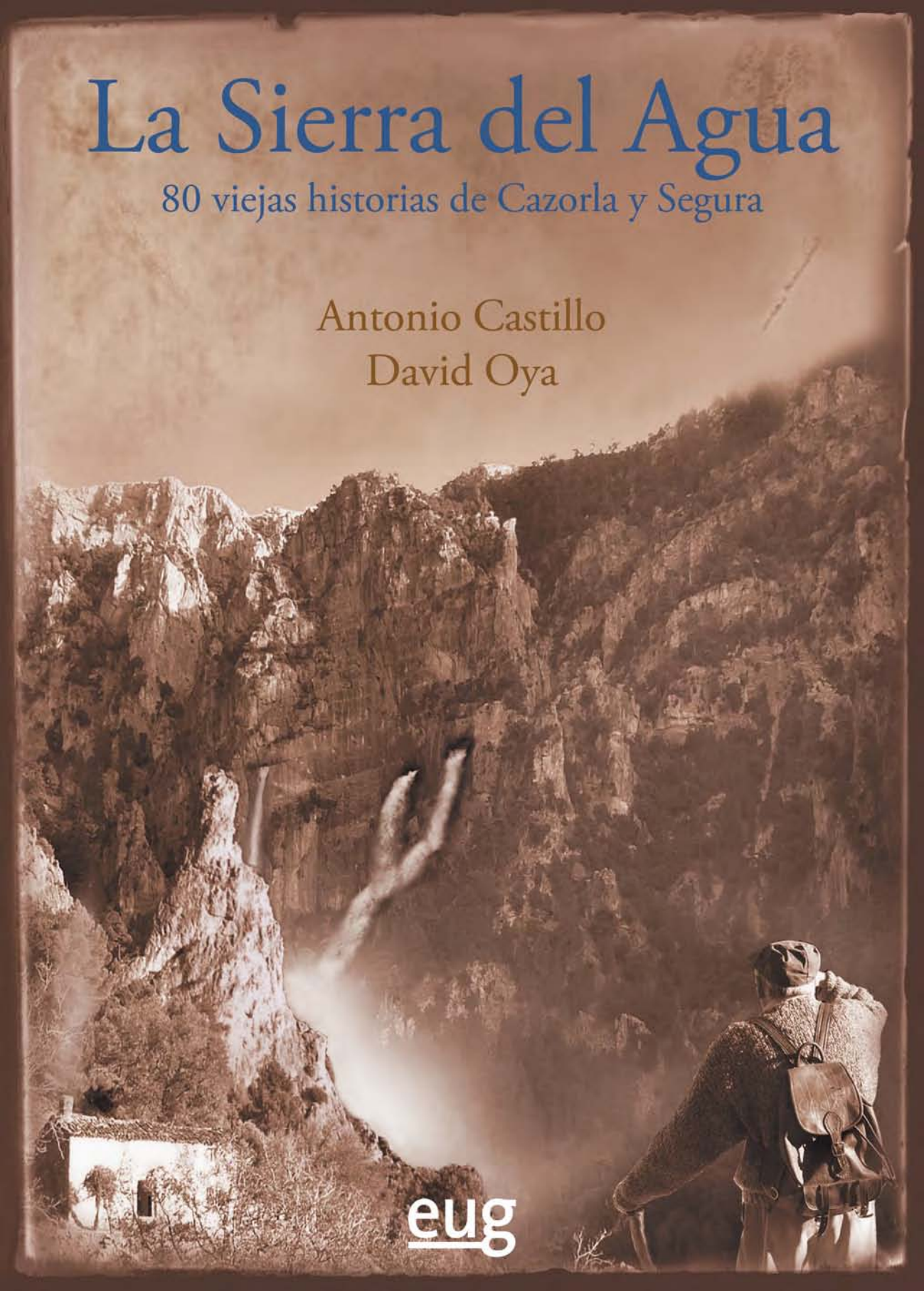


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Lobos en la fuente de Viana"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 320-323



72. Lobos en la fuente de Viana

Por Antonio Castillo (con textos de Juan Luis González-Ripoll)



Fuente de Viana, en tierras de la Puebla de Don Fadrique, con el pico de la Sagra al fondo. Hasta allí persiguieron los lobos a Julián Leiva desde los Campos de Hernán Pelea. Eso fue la noche de Todos los Santos de 1918 ó 1920 (foto Antonio Castillo, 14 de abril de 2001)

NO SON FRECUENTES las historias de lobos ligadas al agua. Como animales errantes, no se fijan a bebederos concretos, salvo en época de cría. De entre las muchas historias que se cuentan por estas sierras, ésta tuvo su final en una fuente, que se mantiene hoy día como en aquél lejano año de principios del siglo XX, en el que ocurrieron los hechos que se narran.

Es una historia de «acompañamiento» de lobos, de «alobamiento», de «castañeteo de dientes», en definitiva del miedo atávico que el hombre siempre sintió por el lobo. Los protagonistas fueron el Tío Julián Leiva, los lobos y la fuente de Viana. La fuente no es caudalosa, pero sí firme en agua y muy conocida en los contornos, porque siempre estuvo situada a pie de camino. A su amparo, el marqués de Viana, quién llegó a tener los primeros arrendamientos de caza de estas sierras, levantó un señorial cortijo.

Aunque a los más jóvenes pueda sorprenderles, a principios del siglo XX todavía quedaban lobos en las sierras de Cazorla y Segura, muy abundantes en centurias anteriores. Siempre se dijo que se descolgaban desde las sierras de Andujar empujados por el hambre, siguiendo a los numerosos rebaños que entonces pastaban, sobre todo, en los calares de la sierra de Segura. Sólo en los pastos de Santiago de la Espada había censados por aquellos años casi 300 ganaderos. La inmensa y alcahueta serranía, con sus innumerables torcas, cuevas, simas, repisas, desfiladeros, voladizos y tajos era además un excelente refugio, donde pasar inadvertidos al hombre y echar adelante las camadas. Con el transcurrir de los tiempos fueron cada vez más eficientemente perseguidos. Sobre los años 30 desaparecieron. Hasta le pusieron nombre al último lobo, que llamaron Vicentón, y fue a morir por la zona de los Villares, junto a las repisas de las Banderillas, pero imagino que como ese hubo otros. Al final, solo pudieron ser esquilmados con la estricnina. De forma ocasional se han seguido viendo lobos en las estribaciones más septentrionales y en la sierra de Alcaraz, siempre de paso desde su refugio o santuario de Sierra Morena.

En aquellos años, la Sierra estaba llena de gentes, en asentamientos extremadamente diseminados en centenares de kilómetros cuadrados, mal comunicados por veredas y caminos de herradura. Por necesidades, en algunos casos inconfesables, estas sendas eran utilizadas de noche y en cualquier época del año. Es verdad que se solía buscar la cálida compañía de la luna, pero no eran raros en absoluto los desplazamientos en noches oscuras de invierno («negras como boca de lobo» se solía decir con toda

la razón). El serrano temía mucho esas noches, y sobre todo el paso por ciertos apostaderos que sabían era de mucho lobo, generalmente cerrados de monte o de tajos.

Los años de nieves tardías, con los rebaños recogidos en apriscos y majadas y lobas hambrientas amamantando sus cachorros, eran especialmente peligrosos. De muertes relativamente recientes debidas al lobo son conocidas por estas sierras las de un pinero que sucumbió al diente tras quedar «alobado» (en el argot serrano, ese término equivale a paralizado de miedo); la del Tío Antonio, que murió a consecuencia del «alobamiento» que pilló junto al cortijo del Raso; y la de una mujer devorada cerca del Almicerán. Pero seguro que constan noticias de más muertes en siglos pasados, en una sierra tan extensa como esta. Otros serranos desaparecieron sin dejar rastro (algunos se supone que por propia voluntad) y otros muchos salvaron el pellejo de puro milagro, al no perder los nervios y desfallecer ante el acoso y las intimidaciones de los lobos. Al no quedar «alobados» en definitiva.

Para la ocasión hemos rescatado el relato que recogiera González-Ripoll, de Julián «el Gazpacho» (el mismo que hizo el *tiro* de madera del Salto de los Órganos), en su célebre libro *Narraciones de caza mayor en Cazorla*.

«Entonces había muchos lobos en la sierra. ¡Cuántas veces nos ha pasado estar metidos por la noche en la choza y sentir el castaño de los dientes allí mismo, en la puerta!...Lo más raro de todo era que antes de oírlos, sin barruntarlos ni nada, sentíamos que nos corría el cuerpo como un repeluzno y se nos ponían los pelos de punta...Pero nosotros no echábamos mucha cuenta de ellos, porque la verdad es que nunca se dio el caso de que atacaran a las personas...En cambio, sí sé de un hombre, que le conocía yo muy bien, que le faltó poco para morirse a causa de los lobos...Esto debió ocurrir allá por 1918 ó 1920, que fueron años de mucho lobo...

»Pues este hombre que estuvo a la muerte por causa de los lobos era un aserrador...Esto fue por los Santos, y...como además había

luna...se puso de viaje a puestas de sol para ir a la Puebla, cruzando los campos de Hernán Pelea, que se adelanta mucho...Y antes de llegar al barranco del Guadalentín, cuando iba un cinto adelante le salieron dos lobos. Él había oído decir que dejándose colgar la faja por detrás los lobos no atacan...Fue todo el campo de Hernán Pelea arrastrando la faja por la nieve...como iba en tan mala compañía, apretó el paso y se torció buscando el cortijo que le dicen Viana, que está brincando los collados que enfilan a la Puebla...Y ya al irse la luna, barruntando que estaba cerca del cortijo, echó voces y acudieron los perros a los lobos...El hombre llevaba un sudor de muerte, que hasta la chaqueta le estorbaba...

»Del susto que pasó perdió el habla, y el pelo se le puso canoso en una noche. Le tuvieron que hospitalizar en Santiago de la Espada... En la viajada de San Juan fuimos a su casa a verle José María (Chorreones) y yo. Daba pena ver a aquel hombre: parecía un anciano, medio avelado y con el pelo canoso...Julián Leiva el de los lobos, le decían, por lo que le pasó».

Extracto reproducido de Juan Luis González-Ripoll, *Narraciones de caza mayor en Cazorla*, 1985

De principios de siglo son las andanzas del Tío Gil de los Cabezones de Guadahornillos, más conocido como el Tío Gil, «el de los lobos». Criado en la sierra, con 4 ó 5 años su abuelo lo dejaba metido en el interior de un tronco de roble cuando tenía que ir a Cazorla a comprar y aprovisionarse para que no se lo comieran los entonces abundantes lobos

VÍCTOR GUTIÉRREZ, *El lobo ibérico en Andalucía*, 2005

